

EDICIONES FRUTILLA

CLOE STONEM



LUCY



1

CLOE STONEM



LUCY

LUCY

CLOE STONEM

ÍNDICE

- I — *Lucy*
- DE LOS 12 A LOS 16
- II — *Directo al corazón*
- III — *Todos son iguales*
- IV — *Sería la más deseada de la ciudad*
- V — *Y así fue*
- VI — *Nada*
- VII — *Superwoman*
- VIII — *Elías*
- IX — *Dudas*
- X — *“La Guarra”*
- DE LOS 16 A LOS 17
- XI — *Mi Príncipe Rosa*
- XII — *Nervios*
- XIII — *Es malo beber*
- XIV — *La persona de “porsiacaso”*
- XV — *Amores platónicos*
- XVI — *El beso del final*
- XVII — *Tu droga más preciada*
- XVIII — *Emma*
- XIX — *Rutina*
- XX — *Sam*
- XXI — *Tres semanas*
- XXII — *Egoísta*
- XXIII — *La reconquista o fracaso final*
- HOY
- XXIV — *No tengo agua*

I

Lucy

—Perdona, ¿tienes un cigarrillo?

—No, lo siento, no fumo.

—Bien hecho, yo tampoco. Sólo quería tener un tema de conversación.

Se llamaba David, estaba sentado en la parada del autobús, sin embargo habían pasado ya unos cinco autobuses y no se había subido a ninguno. Jugaba con una llave que tenía en la mano.

No diré que le vigilaba, porque no lo hacía. Simplemente le observaba desde el bar de la esquina mientras tomaba un café con leche.

Así que decidí lanzarme, al fin y al cabo no tenía nada que perder.

Me llamo Lucy, tengo 17 años y vivo sola desde el mes de octubre pasado. Me llevo bien con mis padres, no voy a decir que les cuento mentiras, simplemente no les cuento la verdad.

Soy lo que las chicas de mi edad llaman una “guarra”, y lo que los chicos de mi edad llaman una “calienta pollas”. Pero me da igual cómo me llamen, me gusta ser como soy.

DE LOS 12 A LOS 16

II

Directo al corazón

Estaba en primero de ESO y me enamoré perdidamente de un chico: Eric.

Soñaba con mi Príncipe Rosa de calzoncillos *Calvin Klein*, mi príncipe de cuento de hadas y me parecía haberlo encontrado en Eric, tan genial, tan guapo, tan... tan **ÉL**.

Me encantaba, era la primera vez que sentía algo así por alguien, hasta entonces todo habían sido amores de infancia, esos de cuando tus padres no dejaban de preguntarte:

—¿Quién es tu novio?

Repetidamente cada día, y te lo pedían a solas, se reían, y te lo volvían a pedir luego delante de todo el mundo para continuar riéndose. Ésas tonterías de amores ya las había dejado atrás hacía cosa de un año y medio.

Era diferente, era cómo en las películas, sentía el hormigueo en la barriga al verle y no me salían las palabras cuando tan solo tenía que decir “hola”.

Al principio, cuando aún no estaba enamorada de él solíamos hablar de vez en cuando, pero luego cuando se enteró que me gustaba dejó de hablarme y tan sólo a veces cuando estaba de buen humor me soltaba algún que otro monosílabo.

Pero nuestros padres se conocían y eran amigos, eso era bueno para mí. Quedaban a menudo para ir a cenar juntos o dar fiestas. Nos veíamos, él se hacía el simpático y yo la dura. Claro que eso sólo ocurría cuando estábamos fuera del alcance de la vista de alguien del instituto.

Le besé. Me dijo que no me atrevería y le demostré que sí. Fue un dulce beso, me encantó. Espontáneo, como me gustan a mí.

Fue el primer chico que me besó, me gustaba mucho, pero su inmensa estupidez me impedía acercarme a él delante de cualquier persona de nuestro instituto.

Cada vez que nos veíamos, nos besábamos. Me hizo pensar que me quería y en casa era muy cariñoso conmigo, me daba la mano, me besaba por el cuello y eso me encantaba. Pero luego en el instituto me miraba de reojo y me lanzaba miradas a las que yo no sabía qué significado dar.

No sabía cómo tomarme eso de que tuviéramos algo que nadie más sabía y me cansé,

me cansé de acercarme a él y que se apartara, de mirarle y que girara la cabeza hacia el otro lado. Cuando estás tan locamente enamorada, es insoportable que no te mire esa persona en concreto, pero es aún peor que te mire y se gire para justamente no hacerlo.

Le dije que ya no quería nada más y de veras que lo intenté, intenté olvidarle y no pensar en él, intenté borrar de mi cabeza todos los dulces y sabrosos besos que me regaló en secreto, pero tenía algo en la mirada que hacía que no pudiese decir que no, y volvía a caer en su trampa, a las miradas perdidas, a los besos a escondidas...

Pero aparte de fingir que no me conocía, me hizo mucho daño. No sé si llamarlo de egoísta, de rompecorazones o de necio, o simplemente las tres cosas. La cuestión es que me torturó en una excursión de fin de curso en la que fuimos a esquiar. Yo pensaba que tendría posibilidades con él durante el viaje (aquí me dije a mí misma: “no pienses tanto, ¡tonta!”), durante el viaje no había dejado de mirarme y provocarme (digo provocarme pero quizás no hizo nada y todo eran imaginaciones mías. Tenía tantas ganas de que lo hiciera, de que me mirara y me provocara, que quizás lo imaginé. Resulta bastante irónico).

Durante la noche había una fiesta en el hotel, todo el mundo estaba abajo y Eric me miró y subió arriba. Pensé que me estaba pidiendo que le siguiera pero al llegar arriba tan solo estaba Alex, mi mejor amigo, rubio, de ojos color de miel cuando estaba nublado; cuando hacía Sol eran marrones. Me estaba mirando (Alex puede que sea el único chico que me ha comprendido en toda mi vida, el único que me quiso de verdad. Pero no me di cuenta a tiempo.) Me dijo que no persiguiera a Eric, que me quedara allí con él (pero en aquella época me parecía que le gustaba, cosa que a mí no me importaba porque estaba ciega por Eric y pensé que no quería que me fuera con él), no me quedé, seguí por el pasillo, me senté delante de la puerta de mi habitación porque no le veía y entonces pasaron tres chicas de mi clase, tres chicas que me odiaban y que sabían que me gustaba él, en fin que cuando pasaron estaban hablando sobre un tema muy interesante, tan interesante que lo chillaban para que todo el mundo se enterara:

—¿Así que Eric y Ana están en la habitación de Ana y seguro que pasará algo entre ellos?

—Sí, seguro que se enrollan, a él se le veía con muchas ganas. ¡Lleva todo el día pegado a ella!

—¿Pero ella no tiene novio?

—Sí, pero qué más da si no se va a enterar.

Entendí por qué me miró de aquella manera antes de subir, me estaba diciendo un: “¡Toma, directo al corazón!”. Y también comprendí por qué Alex no quería que fuese a buscarlo, porque sabía que me haría daño.

No sé por qué no fui con Alex aquella noche, supongo que porque después de que

pasara todo esto con Eric vinieron mis amigas a contármelo, lo que significaba que la noticia ya había recorrido todo el hotel y me fui a dormir de lo enfadada que estaba. Mis amigas vinieron conmigo, dormí con una de ellas en su cama, ella también estaba enamorada de él y nos lo contábamos todo.

III

Todos son iguales

Y pensarás que soy cobarde por no tener el valor de ir y decírtelo a la cara, pero a mí me da igual, a mí se me da mejor el papel. Y quizás después de leer esto lo tiras, te olvidas de mí y de estas palabras sin sentido que no sé ni por qué las escribo...

Seguía enamorada, cada día escribía una página de mi diario hablando sobre él y sobre cuánto me gustaba. Le escribía cartas de amor que nunca le enviaba. Me gusta escribir, me encanta y suelo desahogarme haciéndolo porque no me gusta hablar de mis problemas con nadie. Le contaba mis miedos, mis sueños y mis ilusiones, le decía mil veces que le quería a pesar del daño que me hizo, le escribía las palabras bonitas que deseaba que me dijera él algún día, por sorpresa, porque sí, porque aquel día tenía ganas de hacerme feliz. Y lo hubiera conseguido.

Al final me di cuenta de que no podría tenerle nunca. Era un amor platónico, un amor imposible. Si el chico es estúpido, y también un obsceno, no intentes nada con él, porque no comprende que las demás tenemos sentimientos y que necesitamos pequeños gestos de afecto (no me atrevo a decir “de amor”), para sobrevivir al día a día.

Lo pasé realmente mal, lloraba cada noche y no hacía nada más que pensar en él.

No me miraba por la calle, no me decía el simple “hola” que yo necesitaba oír. Me hacía daño sin saberlo y yo como una estúpida no lograba olvidarle. Quizás el problema estaba en que tampoco tenía ganas de hacerlo, en cierto modo me conformaba con los besos a escondidas, aunque hubiera preferido ser la mujer de sus sueños y que me regalara hasta el último suspiro de su corazón.

Hasta el día que decidí que se había acabado. Decidí que no volvería a pasar por esto, me cansé de ser “la otra” de cuando decía: “por si acaso no la consigo a ella, tengo a *la otra*”. Estaba harta de ser el segundo plato, la segunda opción. Y se lo dije, le insulté, le dije que era un completo idiota y que no quería volver a oír hablar de él.

Entonces empecé a odiar a los hombres. “Todos son iguales” me dije y decidí que tenía que vengarme: haría sufrir a los hombres tanto como había sufrido yo.

Me daba rabia. En el colegio yo era la más deseada, la única que gustaba a los chicos y

en el instituto pasé a ser la que nadie conocía. No era popular y eso me atormentaba. Quería ser la chica a la que persiguen todos, la que escogía a los mejores y dejaba los otros a las demás porque no estaban a su altura. Pero nada de eso, seguía imaginándome mi mundo perfecto mientras las otras tenían novio y yo esperaba ser la más guapa de todas. Tenía que ponerle remedio, para poder vengarme tenía que ser la mejor, la más deseada, la única que iban a querer los chicos y por la que se pelearían. Claro que eso también implicaba ser odiada por las demás chicas, pero me daba igual, mi cuerpo estaba envuelto de rabia y mis ojos encendidos por el fuego de la venganza (me parece que fue justo en este punto cuando me volví loca). Iba a destrozar la vida de los chicos que se divierten haciendo sufrir a las chicas. (Le di demasiada importancia al tema, pero ahora ya es tarde para darme cuenta.)

IV**Sería la más deseada de la Ciudad**

Empecé por adelgazar, adelgacé unos 10 kilos en total, mi madre incluso llegó a pensar que había dejado de comer, se puso a la cabeza que yo estaba enferma y que vomitaba después de cada comida. Yo la veía, cuando iba al baño después de comer me perseguía para saber qué iba a hacer. Pero nada de eso, no estaba enferma ni vomitaba la comida, simplemente comía menos y adelgacé como por arte de magia. El primer paso ya estaba, ahora sólo me faltaba aprender a seducir a los chicos.

No sabía cómo empezar, sólo había estado con uno en toda mi vida, y no hacía falta seducirle.

Me fijaba en cómo lo hacían las chicas de las películas para conseguir el chico que querían, las miradas, los gestos, todo estaba calculado.

Me entrenaba en casa, delante del espejo ensayaba cómo mirarles por la calle, ensayaba cómo tenía que andar, cómo tenía que hablar y qué gestos tenía que hacer: no muy bruscos, pero tampoco demasiado suaves para que no pensarán que era una de esas nenazas que luego no harían nada. Me gustaba, me encantaba pensar que después de eso seguramente me haría popular y que todos los chicos me iban a querer. Sería la chica más deseada de toda la ciudad.

La ropa era muy importante, tenía que ir provocativa pero tampoco tanto como para parecer desesperada, simplemente ir arreglada, ir sexy pero a la vez bien vestida. Era fácil, tenía mucha ropa y empecé a decidir los combinados que me pondría durante todo el verano.

El maquillaje también era importante, en las películas a la protagonista (la chica que quiere conseguir al chico) la maquilla su mejor amiga y queda perfecta, pero en la vida real eso no existe, tu amiga siempre te maquilla peor de lo que se maquilla a ella porque el mundo en verdad es como la selva, las hembras luchamos por los mejores machos del territorio y era evidente que la que iba más guapa se lo llevaba. Descarté la idea de la amiga, tenía que hacerlo yo sola, tenía que descubrir la manera de maquillarme y quedar perfecta, no quería parecer tonta maquillada con lo típico: pintalabios rojo pasión y sombra de ojos azul, era horrible. Fui a cursos de maquillaje, la profesora nos enseñaba un montón de técnicas para ponernos el maquillaje y que pareciera que el color era natural, mil maneras diferentes de ponernos el rímel, cien maneras de ponernos el colorete y millones de colores que escoger para los labios. Aunque a mí me quedan mejor los brillos transparentes, porque tampoco

quería dar la nota, simplemente quería ir elegante y estar guapa para hacerme desear. Lo conseguí, a las tres semanas de ir al cursillo de maquillaje aprendí millones de maneras diferentes de estar guapa y discreta a la vez.

Faltaba el pelo, en las películas las actrices cuando quedan con su príncipe azul siempre llevan el típico peinado de peluquería, pero en mi mundo no podía permitirme eso. De todas formas, como me iba a dar el lote con cualquier chico se me desharía el peinado en dos minutos, así que decidí escoger uno que me quedara perfecto, elegante, sexy y fácil de hacer para poder hacérmelo en menos de un minuto y que quedara bien. Me quedé con el moño despeinado: era rebelde, sexy y elegante, además era muy fácil de hacer. Algún día también me dejaba el pelo suelto, tampoco me quedaba mal.

Ya estaba preparada, sólo me faltaba poner mi plan en acción y para eso necesitaría ayuda: Eric. Él me ayudaría a encontrar a mi primera víctima. Me auto invité en su casa a dormir, aunque me aseguré que fuera una noche en la que estuvieran sus amigos, en realidad eran lo único que de verdad me interesaba.

V

Y así fue

Aquella noche estaba guapísima, (claro que era normal con todo lo que había tenido que hacer para estarlo) no me puse tacones, habría quedado demasiado llamativo ya que siempre que iba a su casa no los llevaba. Llamé al timbre y me abrió su hermana, éramos amigas así que le di dos besos y me hizo entrar. Allí estaban ellos jugando al *singstar*, un juego nuevo de la *play*. Al cabo de media hora llegó Jenny, era amiga mía, iba a la clase de al lado en el instituto y me parece que también se invitó en casa de Eric por la cara. Me caía bien y presentía que si había otra chica sería más divertido poner en práctica mi plan. Dimos una vuelta y cuando ya debían ser las tres de la mañana o por ahí, fuimos al salón y pusimos la tele pero no daban nada bueno. Entonces empecé el juego. Le tiré los tejos a Eric, era normal, era con el que tenía más confianza, y al cabo de diez minutos ya estaban todos los chicos tirándonos los tejos a Jenny y a mí. (¡Qué fácil es dominar a la especie masculina!) Jugábamos, les provocábamos y nos reíamos a carcajadas entre nosotras. Cuando veíamos que queríamos dar un paso más íbamos al baño a hablar sobre aquello. Ella escogió el chico que quería: Eric (nunca se había enrollado con él, pero él le tiraba los tejos más que a ninguna otra). A mí no me importó pues mi objetivo era otro. Jeremy no era de los que les gusta jugar, él miraba desde afuera y yo no dejaba de hacerle miradas (como había estado ensayando), no eran miradas cualquiera, no, eran mucho más. Con aquellas miradas le estaba diciendo un “quiero enrollarme contigo” en letras mayúsculas, es decir: “¡QUIERO ENROLLARME CONTIGO!” y la letra pequeña que él no podía percibir, era un: “y lo conseguiré...”.

Y así fue.

Cuando todos se durmieron menos Jeremy y yo, (Jenny y Eric estuvieron toda la noche juntos) empecé a hablar con él. Hablamos de todo y de nada, y yo después de cada frase le soltaba algún que otro piropo para que se diera cuenta de que las miradas no eran fruto de su imaginación. Lo comprendió en seguida, me acariciaba la mano, luego la pierna. Eso me gustaba muchísimo ya que estaba consiguiendo lo que me había propuesto. Le besé, le besé con tanta pasión que se tumbó en la cama para que pudiera ponerme encima de él. Me encantó. Besaba bien, pero entonces me entró el miedo ¿y si ahora por haberme enrollado con él me enamoro? ¿Era realmente tan tonta como para hacer eso? No lo sé, seguí besándole. No me importaba el después, quería disfrutar los besos cálidos que me regalaba. Me besó por el cuello y entonces me aparté rápido, en aquél momento sí que tuve miedo de enamorarme. Decidí hacerle un beso de despedida, no quería que pensara que había hecho algo mal. Había

cumplido mi misión, me había conseguido el chico que yo quería y tampoco tuve que trabajar demasiado, me bastó con un par de miradas y algunas caricias. Después de eso fui a dormir con Eric, me gustaba saber que estaba a mi lado, cuando llegué abrió un poco los ojos y entrelazó sus brazos en mi cintura. Me sentía protegida junto a él, y me dormí.

VI

Nada

Jueves, 11:32h de la mañana. Me dolían la cabeza y la espalda: dormir en el suelo no era mi pasión. Los demás aún dormían, excepto Jenny, que se había despertado hacía ya una hora y me miraba. Miraba cómo estaba abrazada a Eric y se moría de rabia.

Pero le dije la verdad, le conté que yo nunca me enrollaría con Eric si se acababa de enrollar con otra. Además, ella lo vio la noche anterior: yo el que quería no era exactamente él, a mí el que me interesaba era Jeremy. En ese momento sonreí: lo había conseguido.

Me asombra la facilidad que tenemos las mujeres por conseguir todo lo que queremos de los hombres. Hablamos un rato y luego se despertó Eric y les echó a todos de casa (solía hacerlo al despertarse, claro que solo a los chicos, Jenny y yo nos quedamos a desayunar.)

Al marcharse, Jeremy ni me miró; me vino un escalofrío ¡Qué desconsiderado! No se me ocurría nada más, le miré hasta que cruzó la puerta. Nada.

¿Se arrepentía? Al fin y al cabo él no quería nada conmigo, fui yo la que quiso que pasara algo, fui yo la que (casi) le obligué a enrollarse conmigo, quizás ni se acordaba...

Empecé a sentirme culpable ¿Y si se había sentido obligado y solo lo hizo por eso?

Bueno, lo hecho hecho está, me dije.

Nos vimos unos días después de fiesta por la ciudad, le saludé y no dijo nada.

Me arrepentí hasta los huesos de haber hecho lo que hice. Qué cruel se tiene que ser por querer enrollarse con cualquier chico solo por venganza. Me sonrojé, me parece que estuve unos cuatro días con los colores en las mejillas, siempre me pasa cuando me arrepiento o avergüenzo de algo. Me sentía fatal, quería pedirle perdón pero no sabía si se acordaría de lo que había ocurrido aquella noche: ya habían pasado unos ocho o nueve días desde aquel once de febrero.

VII

Superwoman

El color rojizo/rosado de mis mejillas desapareció la tarde del domingo 1 de marzo. Unas semanas después de que ocurriera todo. Bueno, digo que los colores desaparecieron este día aunque sabemos que desaparecieron mucho antes, sólo era una manera de decir que ese día dejé de arrepentirme/avergonzarme de lo que había hecho.

Hablaba con una amiga, (una amiga de ésas que en verdad no te cae bien y dices que es tu amiga para no quedar mal) no sé cómo salió el tema, empezamos a hablar de chicos y salió Jeremy, (yo me hacia la tonta como si no hubiera pasado nada, al fin y al cabo tan solo lo sabíamos él, yo y los que estábamos en la fiesta. Nadie había contado lo que ocurrió aquella noche en casa de Eric.) Eso, que apareció Jeremy en la conversación y luego ella me dio la información que me mató:

—Sí porque desde que está con aquella, Jeremy ha cambiado mucho, ya no es tan simpático, ya no es tan cariñoso, es una lástima.

—Ya, ha cambiado mucho... —Hice como si ya lo supiera.

¡Qué mal! Jeremy tenía novia y se había enrollado conmigo. Eso sí me dio rabia, dejé de arrepentirme de cualquier cosa, definitivamente los hombres no piensan, te dicen que te quieren y en el fondo es un: ¡Quiero llevarte a la cama!

Eché a llorar. (Normalmente cuando una cosa me da mucha rabia, en lugar de dar puñetazos en la pared o ponerme a gritar como una loca me pongo a llorar. Cosas que pasan, hay mucha gente que hace lo mismo.) En fin, que me puse a llorar, ahora lo pienso y dios ¡qué tontería!

Jeremy se enrolló conmigo porque yo le calenté, la teoría de “si juegas con fuego te quemas” era cierta. Yo calenté a Jeremy y luego no pudo resistirse a la tentación.

Me sentía bien, había conseguido que un chico con novia me besara, había conseguido que él traicionara a su pareja por mí. Por una subida de tono y solo porque me lo propuse. Me di cuenta de mi poder, era como un superhéroe que defendía a las mujeres, y quería demostrar a los hombres que nosotras también podemos jugar con ellos e incluso dañarles mucho más que ellos a nosotras. Si usan sus mejores armas, las nuestras son el doble de potentes.

El problema de los hombres es el mismo de siempre: no piensan con el cerebro y se

guían por sus instintos. Luego, cuando le añades sentimientos a su rutina, se pierden.

Sin piedad, no solamente era la más deseada, también era la peor chica de la ciudad, pero eso tan solo lo sabía yo. De momento...

VIII

Elías

Elías era un chico moreno, no muy alto, de ojos marrón oscuro y unas manos preciosas (me fijo mucho en las manos de la otra gente, aún no sé por qué). Tenía un año más que yo y me encantaba. Me encantaba cómo se vestía, todo lo que decía, lo que hacía y cómo me miraba cuando nos cruzábamos por el pasillo del instituto, porque me miraba diferente. Elías no era un chico de relaciones serias, me había informado bien sobre él. Me miraba con el morbo en los ojos, era una mirada que decía: ¡Voy a comerte enterita! Claro, lógicamente la mirada que le devolvía yo era un: ¿Y a qué estás esperando?

Era horrible verle pasar por mi lado, se giraba para mirarme de espaldas y me entraba un escalofrío por todo el cuerpo pensando en todo lo que le haría en aquel momento. Acompañaba las miradas con una sonrisa no muy bien definida, de esas traviesas que transmiten complicidad, eso también me encantaba.

Y allí estaba, sábado 24 de marzo, 11:53h de la noche en el bar más popular de la ciudad, sentado junto al billar, mirándome otra vez de esa manera. En la mano derecha tenía un vaso, supongo que era de ron con coca cola, en la mano izquierda un llavero que hacía girar con el dedo.

Me fui acercando despacio, no dejaba de mirarme y eso me intimidaba. Se me subieron los colores, solía pasarme. Llegué hasta él, le cogí el vaso de la mano y di un trago, se lo devolví, entonces bebió él.

Sonrió, se levantó, me cogió la mano y me llevó fuera.

Nos sentamos en la acera, aún no nos habíamos dicho nada, no hacían falta palabras, me miró y me besó. Fue sin duda el mejor beso que me habían dado, aunque la verdad es que tampoco me habían dado tantos.

Tenía que pensar en otras cosas, no quería enamorarme de él, no es de los que se enrollan con la misma chica dos noches.

Me enamoro fácilmente, o eso creo yo.

Era horrible, besaba como los ángeles ¡quería más! No quería que se acabara aquel momento, habría guardado cada uno de los besos que me estaba dando, habría guardado el sabor de sus labios y el calor de su piel.

Pero lógicamente la noche acabó. Elías continuaba mirándome por el pasillo pero yo ya sabía que no habría nada más que las miradas, él es así. Un chico sin compromisos, aunque mientras está contigo te cuida cómo si tuvieras que ser el amor de su vida, esto me encantaba. Decidí hacer eso yo también, a ver si funcionaba, la verdad es que Elías había conseguido que quisiera volver a enrollarme con él, que quisiera volver a tener la sensación de que soy lo más importante para aquella persona. Quería ser cómo él, *tenía* que ser como él, era absolutamente necesario, tenía que conseguir con una mirada que los chicos me acompañaran fuera del bar y que luego quisieran que mis besos no se acabaran nunca.

IX

Dudas

—*Vamos a centrarnos* —pensé— *Lucy, no puedes ir por el mundo enrollándote con todos los chicos que se te aparecen.*

Además soy una persona bastante enamoradiza, y solo conseguía hacerme daño a mí misma. Me enamoraba de uno tras otro y eso tan solo me perjudicaba a mí. Tenía que encontrar una forma de hacerles daño a ellos sin que me afectara.

Me di cuenta de que era la chica más perversa del mundo, quizás tenía alguna enfermedad, no es normal que una chica de trece años desee tanto la venganza. O quizás me atrevería a decir el mal hacia los hombres. Chicos en este caso.

Quizás padecía de alguna enfermedad mental que afectaba a la parte mala del cerebro y no dejaba actuar a la buena o simplemente no podía moderar la maldad de mi cabeza y esta salía por todas las partes de mi cuerpo.

Me planteé lo de continuar enrollándome cada noche con uno diferente, pero sí. Los argumentos a favor de continuar eran mucho más sólidos que los de dejarlo. Encontré la solución: Continuar enamorando a los chicos y luego irme con otro para olvidar al anterior. Mi plan era perfecto. Aunque me preocupaba demasiado, al fin y al cabo tampoco había estado con tantos chicos.

Por otra parte, engordé. Eso no me convenía nada. Lógicamente, decidí adelgazar.

¿Hacer una dieta especial? No me parece adecuado, demasiado tiempo para adelgazar muy poco. Tenía que recortar mi menú diario: dejaría de comer entre horas y no tomaría desayuno ni cena.

Era consciente de que me estaba exponiendo a una enfermedad importante: la anorexia. Pero supongo que en cuanto haces algo conscientemente y porque quieres, deja de ser una enfermedad.

Había olvidado por completo a Eric y había dado por perdido al Príncipe Rosa, quizás su caballo blanco le olvidó en el castillo y *ese* no podía venir andando. Ya no me preocupaba encontrarme a Eric por el pasillo del instituto. Ya no me importaba si miraba a otra chica.

La verdad es que incluso nos hicimos amigos, me contó que estaba enamorado, bueno,

que le gustaba una chica. Ni me inmuté, no me vinieron pensamientos de venganza ni de maldad hacia la chica. Me extrañó pero al fin y al cabo soy persona y también olvido. No voy a decir que no me puse un poco celosa, porque la verdad es que sí, me dio un poco de rabia. Nada grave pues a esa edad ya había aprendido a controlar mis sentimientos.

X

¿Yo, despreciable?

Cada día comía menos, adelgacé unos 3 kilos en una semana, me sentía guapa, como si por estar más delgada tuviera que ser mejor. *No, simplemente consigues estar delgada como esas mujeres de la tele, pero te da rabia porque aún no te les pareces lo demasiado y se vuelve una obsesión.* Aunque como ya he dicho, a esa edad ya había aprendido a controlar mis sentimientos y supe pararlo a tiempo. Además empecé a obsesionarme con el color rosa, de modo que casi todo lo que me compraba era de ese color: ropa, cosas para el instituto, etc.

Habían pasado ya unos ocho meses desde lo de Elías. Seguía mirándome pero yo ya había estado entre los brazos de otros chicos así que ni me sonrojaba al verle, ni le seguía el juego cuando me tiraba los tejos. Ya no le necesitaba. Uno de los muchos chicos con los que me había enrollado (ya tenía una buena lista) era Alex. Fue todo muy rutinario, pero como habíamos sido tan amigos era como si hubiera besado a mi hermano; me sentí fatal y se lo dije.

No lo comprendió y se enfadó muchísimo, pero me daba igual, rollos de una noche me sobran y amigos no es que me hicieran falta en aquel momento.

Seguía sintiéndome guapa, ya había cumplido los catorce y me parecía que era toda una mujer. (Iba equivocadísima, pero a esta edad te parece que te comes el mundo, piensas que por fumarte un cigarrillo serás más popular, y que por emborracharte una noche todos te mirarán bien cuando en realidad tan sólo eres una niña y te estás incitando a ti misma a adentrarte al mundo de las drogas).

Ya había “hecho el amor” por primera vez. La verdad es que fue horrible, no me gustó nada— suele pasar la primera vez, pero creo que solo en el caso de las chicas.

A los quince era ya toda una experta, ahora los chicos sabían que practicaba el sexo y estaban más interesados por mí que nunca. Por aquel entonces no era popular, y eso me ayudó a serlo.

El tiempo me pasaba rapidísimo. Es como si mi vida de los 13 hasta los 16 fuera a cámara rápida por delante de mí, cómo haciéndome un resumen de lo que había vivido. Fueron mis mejores años: no me enamoraba, tenía todo cuanto quería y todos los chicos me deseaban. Me gané el apodo de: “la guerra” a los 15. Pero me daba igual, no me importaba lo que pensara la gente de mí, yo ya sabía que en realidad lo que hacía era vengarme del daño que podían hacerle los chicos a chicas como yo, aunque no tan bien preparadas y que sin

importar que me insultaran con apodos despectivos, lo mío era pura venganza.

En la ciudad estaba creando el caos: todas las chicas tenían miedo de que me fijara en el chico que les gustaba y todos los chicos deseaban enrollarse conmigo alguna noche de suerte, pero yo solo quería los guapos, y podía escoger. Me sentía importante y cuanto más me miraban y me deseaban, más segura de mí misma estaba.

Pero a los 16 me enamoré, y eso lo arruinó todo.

DE LOS 16 A LOS 17

XI

Mi Príncipe Rosa

Solía llamarle cuando tenía ganas de llorar. No sé por qué. Seguramente porque me sentía protegida, como si nadie pudiera hacerme daño, como si nadie pudiera decirme nada malo.

No acostumbraba a decir casi nada. Sabía que me gustaba su silencio. Pero aún más sus palabras.

Una vez salía del instituto, no aguantaba más, quería morirme. Quería verle.

Le llamé. No se le ocurrió nada más que decirme que le había pillado con los macarrones en la boca (normal, era hora de comer.) Aun así estuvo más o menos un cuarto de hora hablando conmigo. O simplemente en silencio. Pero yo sabía que estaba allí.

Decía tonterías y me hacía reír. Siempre. También me gustaba por eso, porque aunque yo estuviera mal, o estuviéramos enfadados, siempre me hacía reír. Siempre.

Se llamaba David, estaba sentado en la parada del autobús, sin embargo habían pasado ya unos cinco autobuses y no había subido a ninguno. Jugaba con una llave que tenía en la mano.

No diré que le vigilaba porque no lo hacía. Simplemente le observaba desde el bar de la esquina mientras tomaba un café con leche.

Decidí lanzarme. Al fin y al cabo no tenía nada que perder.

—Perdona, ¿tienes un cigarrillo?

—No, lo siento, no fumo.

—Bien hecho, yo tampoco. Sólo quería tener un tema de conversación.

Me enamoré al instante. ¡Era el chico perfecto! Era el Príncipe Rosa con calzoncillos *Calvin Klein* que siempre había soñado (aunque supongo que cuando conocemos a algún chico que nos gusta mucho todas pensamos lo mismo).

Era inteligente, guapo, musculoso, simpático...

Podría hacer una lista mucho más larga, pero estoy cansada.

Moreno, ojos color café, alto, hacía mucho deporte con lo cual tenía los brazos enormes, y una fuerza fuera de lo normal. Lo que me gustaba más de él era cuando me levantaba con una sola mano y cuando me cogía por las caderas y me subía hasta llegar al máspreciado destino: su cintura.

Fuimos conociéndonos poco a poco, hablábamos por internet, siempre bromeábamos sobre el tema de enrollarnos pero no pensaba que lo haría nunca ya que para mí era como un amor platónico: demasiado perfecto para ser real, imposible de conseguir un solo beso de sus perfectos y carnosos labios. Me equivocaba.

No nos veíamos casi nunca. Se vez en cuando le veía pasar en moto y nos saludábamos, pero cara a cara tan sólo habíamos hablado aquel día.

Me resultaba bastante embarazoso pedirle para quedar algún día, yo no hacía eso. Yo no quedaba con los chicos, me encontraba con ellos cuando salía, ¿pero quedar? No. Lo encontraba absurdo, la verdad. Quedar con un chico sabiendo que vas a enrollarte con él es la situación más incómoda en la que puedes estar: te pasas el rato nerviosa, sudando, pensando que en cualquier momento podría ocurrir, evitas los silencios porque sabes que en cuanto aparezca uno lo bastante largo, va a surgir. Demasiado previsible. Me gusta mucho más que pase porque tiene que pasar.

XII

Nervios

Sábado 6 de septiembre

Eran las fiestas del pueblo de al lado, yo sabía que él iba a estar allí y él sabía que yo también estaría (cierto, un poco premeditado sí estaba).

Toda la ciudad estaba allí, estaban hasta los niños de primero de ESO, aquellos tan bajitos que se creían especiales solo por el hecho de poder salir hasta las 2 de la mañana—aquella noche volví a las 7 a casa.

Resultaba prácticamente imposible atravesar la plaza o tan solo ir hasta el otro lado a saludar a alguien, a mí sin embargo me resultaba divertido, pasaba por allí en medio y todos los chicos me miraban, todos me dedicaban algún que otro piropo y eso me subía la autoestima. Iba saludando a toda la gente que conocía en mi paseo hacia el escenario y de pronto le vi.

Fue como en las películas. Le vi a lo lejos, entre toda aquella multitud de gente que solo molestaba. Bailaban todos como tontos, no saben bailar. Los borré de mi vista y le miraba a él, el único que quería ver. Se paró el tiempo y las personas estúpidas que bailaban o intentaban bailar a mi alrededor se volvieron una imagen borrosa, un millón de colores mezclándose los unos con los otros. Y me miró. Sonrió.

Me fui acercando poco a poco, las personas que había a mi alrededor se apartaron dejándome un pasillo para acercarme a él sin tropezar con nadie.

No apartó sus ojos de los míos, me puse extremadamente nerviosa. En aquel momento uno de los gorilas que se movían a mi alrededor me empujó y nuestros labios se juntaron.

Me agarró fuerte por la cintura, como si no quisiera que me marchara nunca (tampoco lo hubiera hecho). Me subió a sus caderas, como me gusta a mí. Y nos besamos hasta que acabó la noche. Fue simplemente perfecto, nos besábamos, bailábamos y volvíamos a besarnos.

Suelo recordar a menudo el primer beso que nos dimos. No me lo robó, no se lo robé, nos lo regalamos el uno al otro, como si fuera un premio por habernos atrevido aquella noche.

7:45h de la mañana.

Me quité los zapatos al entrar en casa para no hacer ruido, entré en mi habitación e intenté controlar mi euforia y mis ganas de estar con él. Me quité seguidamente los pantalones, el jersey y la camiseta. Me puse mi pijama rosa —para entonces mi obsesión con el color rosa se había engrandecido y mi habitación daba incluso miedo—, me puse en la cama y me tapé todo el cuerpo con el edredón, incluso la cara. Tenía la sensación de estar en una cárcel, pero me gustaba. Recordé paso a paso lo que había ocurrido aquella noche. Me sentía bien, como si hubiera hecho lo correcto. Soñé incluso que seguíamos con nuestra maratón de besarnos en mi cama, me habría gustado despertarme y verle allí tumbado, pero nada.

Desperté a las 17h del día siguiente con un dolor de cabeza impresionante, y un mensaje suyo en mi móvil. Me puse extremadamente nerviosa, aunque no se me notó mucho. Normalmente cuando pasa algo con un chico, luego nos olvidamos de ello, pero él quiso remarcar me que la noche anterior había sido genial y que le gustaría repetirla. Yo también quería.

En aquellos momentos ya sentía algo por él, aunque aún podía controlar mis sentimientos (no olvidemos que soy una mujer fuerte, puedo enamorarme y desamorarme en el momento en que me dé la gana. O eso creía yo).

No volvimos a vernos hasta un mes y medio después, aunque nos enviábamos mensajes por el móvil.

XIII**Es malo beber**

Tres días de diversión, alcohol y drogas sin interrupciones. Mi ciudad sí sabía cómo organizar una buena fiesta.

Él iba a estar. Me sentía bien al saber que aquella noche iba a verle, tenía ganas, aunque no sabía cómo reaccionaría.

No le encontré aquella noche, le llamé más de cinco veces pero no le oía y al final dejé de tener esperanzas. Me emborraché. Veía todo el mundo pasar muy rápido a mi alrededor, mis amigas vomitando, todo el mundo riendo, todos contentos y felices y David no aparecía. Me cansé de estar dando vueltas por la calle y me fui a casa a dormir. Al día siguiente lo primero que hice fue mirar el móvil: no tenía ni una llamada suya, no se molestó en pensar en mí aquella noche. Me sentía fatal, cuando estás realmente enamorada (aunque yo en aquellos momentos aún no sabía que lo estaba), necesitas que la otra persona te preste atención, aunque sea solo por unos segundos. Pero no, él no hizo nada para buscarme, quizás me vio y yo no me di cuenta... No lo sé, prefiero pensar que se le apagó el móvil.

Después de distraerme pensando en todo lo que le habría podido ocurrir aquella noche me di cuenta de que tenía una de las peores resacas de mi vida, me dolía muchísimo la cabeza y preferí no levantarme de la cama, claro que por la noche me puse guapa, me arreglé como sabía hacerlo y salí. Fuimos a cenar con unas amigas (o lo que yo llamo amigas, porque realmente amigas de verdad tan solo me quedaba una). Eso, que fuimos a cenar y luego salimos un rato, y digo un rato porque acabamos la noche peor que la anterior, no me acuerdo de nada, bueno, de casi nada. Me acuerdo de verle, de que me mirara e intentara decirme algo con los labios, pero no me acuerdo de lo que me dijo. Es malo beber. No volví a verle en toda la noche —o eso creo.

Tercera y última noche de fiestas. Iba decidida a encontrármelo, ésta noche sí, era mi última oportunidad. Me puse lo más guapa que pude, claro que los tacones no. No quería parecer una chica fácil, tan solo quería que me deseara (como todos los demás).

Fui de un lado a otro, recorrí toda la feria intentado encontrar su mirada entre la gente, pero nada. Atravesé todo el concierto—cosa casi imposible ya que había una cantidad extremadamente elevada de gente. Me pisaron más de veinte personas, me dieron codazos, me despeinaron, y no le encontré.

Decidí darme por vencida, que no le encontraría, y si lo hacía seguramente estaría con otra divirtiéndose, cogiéndola por la cintura como me gusta a mí, elevándola hasta sus caderas y besándola como en las películas, como hizo conmigo aquella vez. Aquella magnífica vez,

no dejaba de pensar en esta imagen y me atormentaba, como (lógicamente) iba borracha para no faltar a la tradición, empecé a llorar. Me vi a mí misma sentada en las escaleras de aquella atracción, arreglada como si tuviera que ir a una boda, maquillada, llorando. Me daba pena a mí misma, casi no podía levantarme del dolor de piernas que tenía. Y entonces fue cuando me llamó. Tan solo hicieron falta 2 palabras tuyas para que se me pasara la tontería y me pusiera de pie a buscarlo:

—¿Dónde estás?

—Sentada en las escaleras, al lado de los lavabos.

No tardó ni tres minutos en llegar. ¿Por qué aquél día sí? ¿Por qué no me había dicho nada los dos días anteriores? Deseaba que tuviera alguna buena excusa, por aquel momento me había cansado de ir de chico en chico, aparte de que ya había estado con más de la mitad de los chicos y los que quedaban eran los feos (¡no podía enrollarme con un chico feo! Lo sé, soy una chica muy superficial, pero es que normalmente los feos no son los que hacen más daño a las chicas, ya que no se lo pueden permitir. En realidad cuando un chico feo tiene novia no le hace nunca daño, y menos aún si es guapa ya que podría perderla con extrema facilidad, y todos los feos saben que no es fácil —para un feo— conseguir una novia). Necesitaba estar con él, necesitaba que él quisiera estar conmigo, pero no me hizo falta preguntarle nada. Al llegar lo primero que hizo fue levantarme y besarme. Perfecto.

XIV

La persona de "porsiacaso"

La pregunta no era si me gustaba, la pregunta era si le gustaba yo a él. Nunca en mi vida había tenido tantas dudas con un chico, al fin y al cabo nunca en mi vida me había gustado uno a parte de Eric. No estaba enamorada, no lo estaba, podía prescindir perfectamente de la presencia de David. No me era necesario oír su voz cada día, aunque me ponía contentísima cuando me enviaba algún que otro mensaje de texto.

No quedábamos, simplemente nos veíamos por las noches cuando había fiestas y pasábamos unos buenos ratos juntos. No faltó ninguna, desde aquel 6 de septiembre, estuvimos como mínimo 20 minutos juntos en cada fiesta. Me gustaba ese rollo que nos llevábamos, me gustaba tenerle, y supongo que a él tenerme a mí.

Pero como en todas las relaciones acabadas de empezar, llegaron las preguntas, y me extrañó que no las hiciera yo, ya que no tenía mucha experiencia en eso de estar con un chico. El problema era que a mí me gustaba estar con él, sí, me encantaba estar con él, me encantaba hablar de todo y de nada y vernos y besarnos como en las películas, pero no estaba enamorada. Me atraían otros chicos al mismo tiempo, y a eso yo no lo llamo amor. ¿Para qué mentirme a mí misma? No estaba enamorada de David, y en el momento en que empezaron las preguntas me asusté. No quería nada serio, ya me iba bien con lo que teníamos hasta ahora, nos veíamos de fiesta y nos enrollábamos. Era perfecto. Aunque él no pensaba lo mismo, quedamos una tarde para hablar del tema.

Al principio la cosa fue bien, nos dimos el beso de "hola" y fuimos andando poco a poco hasta la muralla, un lugar precioso de la ciudad, había césped y bancos y trozos de muralla. Nos sentamos en uno de los bancos y se hizo el silencio. Me puse muy nerviosa y como había sido él quien me dijo que quería quedar para charlar, tan sólo pude decirle un:

—Bueno, ¿desembuchas?

Me besó. Tan perfecto como siempre, supo que era lo que yo más deseaba en aquél momento y me lo regaló sin explicación alguna. Luego empezó con la charla, ¿qué tenemos?, ¿qué tendremos?, ¿qué quieres conmigo?... Y otras preguntas semejantes a esas que yo odiaba.

Le expliqué lo que había:

—Yo no soy una chica de las que salen con chicos, no me gusta, no quiero cosas serias, aún no. Pienso que con 16 años debo disfrutar, y no lo sé... me gustan las cosas como están ahora, nos vemos, nos besamos, etc. pero no considero que pudiera tener algo serio

contigo, no es por ti, pero es que yo no estoy dispuesta a esto.

Lo comprendió a la perfección—o eso me dijo—, él tampoco quería nada serio, le gustaba cómo estaban las cosas. Quedamos en que teníamos una relación abierta (una relación abierta era una relación en la que puedes estar con quien quieras, pero tienes a la otra persona para cuando te hace falta, para decirlo de alguna manera, la persona con la que tienes la relación abierta es la persona de “*porsiacaso*”, me explico: *Por si acaso* no consigo a este, tengo al de siempre). ¡Me encantó! Realmente era el chico perfecto, lo comprendía todo —o eso creía.

De momento no había tenido la necesidad de enrollarme con ningún otro chico. Como le tenía a él no me hizo falta ir a buscar rollo en otra parte, y me parece que él tampoco lo hizo, aunque a partir de aquel momento nos olvidamos el uno del otro. Ya no nos enviábamos mensajes, ya no había fiestas así que no nos veíamos por las noches, le echaba de menos, no voy a mentir, tenía ganas de verle y de estar con él, pero estuvimos cosa de un mes sin decirnos nada.

El día antes de reyes le pedí quedar para hablar alguna tarde, tenía ganas de verle y de besarle, al fin y al cabo nuestra relación de “*porsiacaso*” seguía en pie. Pero él estaba con una chica, bueno, estaba, él tenía a otra en su vida. Me asomé al oírlo, ¡tan solo había pasado un mes!, claro que con lo perfecto que era me pareció normal. Me molestó, me molestó mucho más de lo que pensaba que estuviera con otra chica en aquel momento, pero quedamos igualmente, y fue la noche de Reyes.

Mientras todo el mundo esperaba la llegada de los Reyes Magos, David y yo nos encontramos en el sitio de siempre, y nos adentramos a los callejones oscuros de la ciudad. Me contó que estaba con aquella chica, que no estaba mal. Yo me moría de ganas de besarle pero no sabía si hacerlo. Estaba con otra, me puse nerviosa, y luego le solté el vómito de palabras:

—David, me muero de ganas de besarte, así que dime si puedo o no, porque no sé si voy a poder controlarme mucho rato más.

Me besó él, como de costumbre volvió a sorprenderme con otro beso por sorpresa, me encantaba. Le dije que estaba bien con él, y que no tenía ganas de perderle. No me contestó lo mismo, aunque la respuesta que me dio tampoco estuvo tan mal. “Voy a dejarla” dijo. Iba a dejar a la otra chica para estar bien conmigo, para que estuviéramos juntos.

A partir de aquella noche quedamos más a menudo. Recuerdo la tarde más bonita del mundo. Era la tarde del 9 de enero, hacía muchísimo frío, el Sol se ponía a lo lejos, el cielo oscurecía poco a poco. Eran las 7h y habíamos quedado en el sitio de siempre. Cuando llegué, él aún no estaba, así que le esperé unos cinco minutos mientras observaba el atardecer. Precioso. Y llegó él. Decidimos ir a dar una vuelta y en cuanto puse el pie al suelo empezaron a caerme pequeños puntitos blancos encima, y no solo a mí, a él también. Nevaba. Estaba

nevando por primera vez en la ciudad desde que vivía allí. Elevé mis ojos hasta el cielo y le solté un:

—¡David!

—¿Qué?

—¡Está nevando!

Miró hacia arriba, luego me miró a mí y sonrió, tenía la mano fría, pero se la apretujé igualmente.

Fue perfectamente perfecto.

Quedábamos cuando nos daba la gana, aunque para mí seguía en pie lo de la relación abierta, al fin y al cabo no había cambiado casi nada. Pero él no pensaba lo mismo.

XV

Amores platónicos

Pero yo lo estropeé todo. Era una chica promiscua, me había acostumbrado a besar a quien quería en el momento que quería, me había acostumbrado a tener a todos los hombres a mis pies, a que me desearan. Me había acostumbrado a no estar más de una noche con cada uno y tuvo que llegar él. Llegó él y me destrozó mi plan malvado de dejar a la humanidad sin el sexo masculino, llegó él y llenó mi corazón de miradas desinteresadas, de sonrisas porque sí, de besos en la mejilla que me hacían tener escalofríos. Y me gustaba. Pero como he dicho antes, yo lo estropeé todo.

Mi amor platónico dio señales de vida. Empezó a mirarme por la calle, empezó a hablar conmigo de vez en cuando, y me gustaba. Si conseguía conquistar a mi amor platónico (el chico más deseado por todas las chicas, el típico rebelde, moreno de ojos verdes, simpático, alto, deportista, cariñoso...casi nada), sería la chica más popular y que estaría en la boca de todas las demás y como premio, lógicamente todas las chicas que le gustaban a él eran las mejores. Después de estar con él, la mitad de ciudad con la que no había estado aún querría tenerme. Así que un día me armé de valor y fui a pedirle si quería quedar conmigo para ir a tomar alguna cosa (cosa poco habitual, como ya he dicho antes no solía quedar con los chicos). A David no le importaría, al fin y al cabo nuestra relación era una relación abierta.

Me dijo que sí, Fran (mi amor platónico) quiso quedar conmigo una tarde. Fuimos a tomar un café, aunque yo no tomé nada. No tenía hambre: como ya he dicho antes quedar con un chico sabiendo que vas a acostarte con él es la situación más incómoda en la que puedes encontrarte, así que se me había cortado el apetito. Hablamos un poco sobre todo, sobre cómo nos iba el instituto, sobre nuestros amigos, etc. Después del café fuimos a un local que tenían él y sus amigos, no estaba mal, había un sofá, una tele, música...

Nos sentamos en el sofá y continuamos hablando, hasta que me besó—¡me encantan los besos espontáneos y porque sí!—. Le devolví el beso hasta que decidimos ir a su casa, donde no había nadie que nos pudiera molestar.

Al llegar a aquella casa me entró un poco de miedo, no entraba luz, era nueva, pero aun y así me entraron escalofríos al pasar la puerta. Fuimos a su habitación, me cogió la chaqueta y la colgó detrás de la puerta. Me senté en la cama, ya sabía a lo que íbamos y justamente por eso se me quitaron las ganas, ¡era demasiado premeditado!, no tenía ganas de tumbarme en la cama y que pasara lo que tenía que pasar. Aun y así llegó él y cerró la puerta de su habitación, se puso delante de mí y me sorprendió otra vez dándome un beso dulce, imprevisto. No se puso encima de mí, no se puso en plan fiero ni nada por el estilo, se sentó a mi lado y empezó a contarme que aquel día había hecho la cama por pura casualidad, que

normalmente no la hacía pero aquel día tuvo ganas de hacerla. Me extrañó que me contara eso, era como si no quisiera que pareciera forzado, como que tenía que salir de mí, no era una obligación acostarnos aquella tarde, lo haríamos si teníamos ganas los dos. Siguió hablando, me cogió la mano y empezó a acariciarme, me gustó la sensación de importarle. Entonces sí, le besé y me tumbé encima de él, Fran me miró sorprendido. ¿Tan fácil? No. Tan fácil no, aquella tarde no hicimos nada más, no tenía ganas. Tenía ganas de sentirme querida y él lo consiguió, era simplemente eso (como quien se compra un *tamagochi* para parecer más responsable, yo quedaba con mi amor platónico para sentirme querida por alguien, al fin y al cabo nunca ningún chico se había enamorado de mí): quería amor. Pensaba que David no querría dármelo, pensaba que le gustaba lo que teníamos y que no necesitaba nada más. Me equivocaba.

No hice nada con Fran aquella tarde, la verdad es que no dejaba de pensar en David y me di cuenta de que lo que quería. Lo que necesitaba realmente era un novio, era una persona con quien compartirlo todo, con quien pasar el rato porque sí, quería contarle todo lo que pensaba, que me besara en los labios en medio de la calle, que me cogiera de la mano, me mirara a los ojos y me dijera que me quería. Pero los sueños, sueños son, ¿no?

Decidí contarle a David lo que realmente me haría feliz, aunque esperaba una mala respuesta.

XVI

El beso del final

No me contestó la primera llamada, no me contestó la segunda, esperé una hora y volví a intentarlo, contestó.

Estaba muy raro, no sé por qué, la verdad es que no me había dicho nada en una semana. ¿Se había enterado de lo de Fran y le había molestado? No lo sé, le pregunté dónde estaba y dio la casualidad que estaba en un bar que se encontraba justo al lado de mi casa. Fui a verle.

Le llamé 7 minutos más tarde para pedirle que bajara, quería hablar con él. Bajó rápidamente y su cara habló por él, casi ni me miró, le brillaban los ojos. Estaba fumando (era extraño ya que David no fumaba normalmente), me miró pero no sonrió. En aquel momento me preocupé realmente, tendría que haber bajado sonriendo, venir a encontrarme y darme otra vez un beso de película. Pero no lo hizo.

Se acercó despacio, sin prisas. Se paró a cinco centímetros de mí, tiró el cigarrillo, me echó el humo en la cara y me dio dos besos. ¿Dos besos? ¿Por qué? Eso significaba que estaba enfadado conmigo, sino me hubiera besado como siempre.

Habló él.

—¿Cómo estás?

—Bien... ¿y tú?

—Pues mira, decepcionado. ¿Quieres saber por qué?

—No estaría mal, pero antes quiero hablar yo, que para eso he venido.

—Habla.

—No sé lo que te pasa, estás diferente y no me gusta eso. Quería quedar para contarte lo mucho que me gusta estar contigo, las ganas que tengo cada día de besarte o tan solo de estar junto a ti. No sé qué sientes tú, pero yo quiero estar contigo...

—Demasiado tarde. Ya la has cagado Lucy, ¿Qué hiciste el otro día con Fran? Porque somos amigos ¿sabes? Me lo ha contado todo y no me ha gustado demasiado, para ser una persona que quiere estar conmigo no te ha preocupado mucho quedar con otro, ¿no? Por eso estoy decepcionado, por eso y porque no has tenido el valor de contármelo, me he tenido que enterar por otra persona y eso me revienta.

Aluciné. ¿Nosotros no teníamos una relación abierta? ¿Entonces de qué se quejaba? No era esa la cuestión, el problema era que simplemente yo lo había echado todo a perder y que no sabía si podría arreglarlo. Parecía que estaba demasiado cabreado para perdonarme. Me arrepentí hasta los huesos de haber pasado aquella tarde con Fran, ¿por qué lo hice? En realidad no hice nada tampoco, bueno, la intención estaba pero al final tan solo fueron un par de besos. Tan solo quería estar con David, quería que nos quisiéramos y vivir feliz junto a él. Nada. Le perdí. No me dio ni el beso de adiós. Intenté hacerme la tonta, intenté robarle algún que otro beso de sus labios cálidos, pero no conseguí nada más que que se apartara. Se apartó, giró la cara. Se apartó de mí y se marchó para ir arriba. Me miró desde lo lejos y me echó una mirada melancólica. Se marchó.

En aquel momento me vino a la cabeza una canción de Cristina Aguilera, aquella que dice que le notaba extraño y que tiene miedo de que sea el final, ¿Cómo iba? Ah sí...

“Anoche yo sentí, que me besaste diferente y me quedé sin saber qué hacer, yo te conozco y sé que algo no anda bien, ven, dime la verdad, no quiero imaginar que fue el beso del final...”

Al cabo de unos días un amigo suyo me contó que en el momento en que me dijo lo de la relación abierta era porque sabía que yo no quería nada serio, y antes que perderme prefirió tener la relación abierta. Se me vino el mundo abajo, en realidad David me quería, me quería muchísimo y yo le fallé. Me sentí sucia, mala, estúpida. Pero lo merecía.

XVII

Tu droga más preciada

Pasaron tres semanas y David no me dijo nada, me ignoró o tan solo intentó olvidarme de la manera más fácil. Pero yo no dejé de pensar en él, le recordaba en cada instante, quería llamarle pero tenía miedo y el arrepentimiento podía conmigo. Deseaba despertar y encontrar algún mensaje, alguna llamada perdida en el móvil, pero nada. Cada despertar era el mismo, mirar el móvil y desesperarme de nuevo. Salía a la calle con la esperanza de cruzarme con él, pero otra vez, nada. Y cada vez se me repetía a la cabeza la canción de Cristina Aguilera y me ponía de los nervios porque no dejaba de llorar y cantar la canción y mirar el móvil. ¿Era que echaba de menos lo que sentía por él o que le quería? No lo sé, prefería no saberlo.

Sábado 21 de febrero.

Carnaval de mi ciudad, el carnaval es una de las mejores fiestas que se organizan, viene mucha gente y se prepara música y una ruta que seguir mientras las carrozas con la música a tope tiran confeti y serpentinas por todas partes. Lógicamente aquella noche salí, y él también.

No le vi hasta que se acabó la ruta y llegamos al punto de encuentro donde se hacían los conciertos.

Los recuerdos superaron nuestras ganas de olvido y en cuanto nos vimos nos sonreímos. Se acercó vacilando, me miró con una sonrisa picarona y en cuanto estuvo lo bastante cerca de mí como para ponerme nerviosa me miró y me soltó un espontáneo:

—Mírame a los ojos y dime que ya no me deseas.

Nos besamos como si hubieran pasado millones de años y no hubiéramos besado a nadie en todo este tiempo, me parece que fueron los mejores besos que había recibido en toda mi vida. Tenía tantas ganas de él que disfruté hasta el último segundo en su boca, hasta el último momento de sus besos sobre los míos. Volvió a subirme sobre sus caderas como me gustaba a mí, eso ya lo sabía, me parece que fue justamente por eso que se rió en cuanto me agarré fuerte a su espalda. En los pocos momentos que pasamos sin besarnos nos miramos, le brillaban los ojos, me encantó. Era tan grande la necesidad de estar con él que me invadía, que aquello fue como no tener tu droga más preciada durante 3 semanas. En cuanto te la dan estás eufórico, no te lo crees, deseas disfrutar cada momento que puedes de ella y que no te la quiten nunca más.

Fue una de las mejores noches a su lado, David siempre sabía cómo sorprenderme y la verdad es que dependía tanto de él en aquel momento que no tuve en cuenta que me ignoró

durante casi un mes y que solo me vino a buscar en el momento en que le apetecía a él. Quizás ya me había olvidado (toda persona enamorada que ha tenido que olvidar alguna vez el amor de su vida dirá que no se olvida en tan poco tiempo, así que David tampoco debería estar tan enamorado de mí como me dijo su amigo). Quería pensar que no, que aún me deseaba tanto como el primer día y que esa noche de carnaval no me estaba utilizando.

XVIII

Emma

Según él, una amiga le había ayudado mucho, le había ayudado a olvidarme y a arreglar los problemas que tenía por mi culpa (no veo de qué problemas quería hablar cuando me dijo eso, pero preferí no preguntar).

Aquella noche de carnaval (desde la cual ya habían pasado dos semanas y no había obtenido noticia alguna de mi Príncipe Rosa) tan solo fue una manera de decirme adiós, de demostrarme que ya no me necesitaba, aunque yo hasta entonces no había notado que me necesitara. Tampoco me había llamado desde que hablamos por última vez y me dijo que sabía lo de Fran. No dio señales de vida en tres semanas y ahora quería demostrarme que no me necesitaba. ¡Qué tontería! En fin, en esos momentos ya no sabía qué pensar. Me desesperé ya que a mí aún me gustaba, y mucho, quizás demasiado, pero ya le había perdido.

A lo que iba, esa amiga le ayudó mucho y ahora pensaba que se estaba enamorando de ella (David, por el amor de Dios, no puedes querer a una chica y al cabo de tres semanas enamorarte de otra, seamos realistas, con el amor no se juega, y lo que me estabas contando en aquel momento era prácticamente imposible. O no me habías querido en ningún momento, o te inventabas que querías a aquella amiga).

Después de contarme lo de aquella amiga me dijo que estaban saliendo. Aluciné. ¿Me estaba diciendo que se enrolló conmigo y que a la semana siguiente empezó a salir con aquella bruja que en verdad seguro que tan solo quiso alejarle de mí para quedárselo? (digo bruja porque la rabia que me invadió en aquel momento me hizo pensar que aquella chica era un mala pécora y que lo único que quería era alejarme de él y lo consiguió haciéndose pasar por una amiga mientras me sacaba de su vida sin interrupción alguna, sin percances ya que justamente lo que deseaba él en aquel momento era olvidarme). ¿Cómo podía estar diciendo que aquella chica le había ayudado? ¿No se daba cuenta que le había hecho un lavado de cerebro? No me lo creía, no podía ser que mi príncipe perfecto fuera tan tonto como para creerse las mentiras de una bruja como aquella (no la conocía, pero tenía que ser una bruja a la fuerza ya que había conseguido quitarme lo que yo más deseaba en aquel momento).

Me morí de asco: estaba enamorada de David y ya no le tendría nunca más, ya había vuelto a hacer su vida y yo no formaba parte de ella. Pasé más o menos un mes y medio llorándole, suplicando que algún día volviera a pensar en mí y se acordara de lo bien que lo pasábamos juntos, de los besos que llegamos a compartir, de las veces que me subía hacia su cintura...

No tenía nada que hacer, malgasté hasta mi última lágrima de sangre llorando que me

amara de nuevo. Pero nada.

XIX

Rutina

Volvíamos a la teoría de que los chicos no tienen corazón y que no piensan en nadie que no sean ellos. ¿Para qué sufrir si había conseguido ser la más popular entre los chicos durante tanto tiempo? ¿Para qué llorarle a un solo hombre si podía tener a todos los demás? Me consoló pensar que aún no me había olvidado de mis habilidades como cazadora de hombres. Debía olvidar a David, era absolutamente necesario olvidarle, olvidar todo lo que había llegado a sentir por él. Al fin y al cabo tan solo era un chico más, no merecía un cuidado especial solo porque había conseguido enamorarme una vez.

Salí de fiesta con mi amiga, era noche de ligar y olvidar todo lo que había pasado hasta entonces. Fuimos a una discoteca a la cual solíamos ir de vez en cuando. Lógicamente allí éramos las reinas, conocíamos a todo el mundo y todo el mundo nos conocía. Nada mejor que una noche en tu discoteca favorita para subirte la moral.

Estuve con tres chicos diferentes aquella noche. ¡Estaba a tope! No había perdido mis habilidades, tan solo con una mirada conseguí conquistar el primero, los dos otros vinieron solos.

No me sentí orgullosa de mí aquella noche, pensé bastante en David mientras estaba en los brazos de otro. Me sentó mal y me parece que fue justamente por eso que estuve con tres: el primero para olvidar a David, el segundo para olvidar al primero y el último por rutina.

Aun y así me fui a dormir tranquila: salir de fiesta y darme cuenta de que David no era el único chico en la Tierra me hizo sentir mejor. A partir de aquel momento empecé a fijarme en la mayoría de chicos de mi instituto —mínimamente guapos. Aunque tampoco me duró mucho la tontería ya que tenía ganas de amor generalmente, no era que tuviese ganas del amor de David. Bueno, en el momento en que estaba enamorada de él, sí, pero simplemente quería amor y llegados a este punto ya me daba igual que fuese el amor de David como el de cualquier otro chico de la calle. Necesitaba sentirme querida por alguien, saber que alguien dependía de mí. Eso me habría hecho realmente feliz, o eso creo.

Pero de momento, ¿qué hacía? ¿Me sentaba de brazos cruzados a esperar mi príncipe azul? No, demasiado aburrido. Seguiría siendo una chica *promiscua*. Al fin y al cabo es lo que había sido hasta aquel momento, y era lo que mejor se me daba.

XX

Sam

Tonteaba con la mayoría de chicos que conocía, aunque solo por internet. A aquellas alturas ya había aceptado que realmente sí, era una suelta, la verdad es que tenía que serlo, prefería parecer la chica fácil que la chica virgen. Todos los chicos me miraban al pasar, me encantaban las miradas, todos esperaban que diera alguna señal para encontrarnos en algún sitio y hacer cualquier tontería. Les hablaba de mis experiencias en la cama, en el coche, e incluso en algún que otro baño de discoteca, la verdad es que sitios donde había practicado el sexo no eran lo que me faltaba.

En mi instituto había un chico que me gustaba mucho, era de aquellos a los que pedirías que te acompañaran a la sala de fotocopias y ...

Pero él no sabía ni que existía. Me las arreglé para conseguir su correo y el primer día que hablamos le dejé alucinado. Le abrí conversación y le dije:

—Hola, ya sé que no me conoces pero yo sí que te conozco. Vas a la clase de al lado y me encantas, cada vez que te veo tengo ganas de comerte entero.

Como es normal, a partir de aquél día Sam (así es como se llamaba) empezó a fijarse en mí, en todo lo que hacía, y yo le echaba las miradas que matan. Me miraba con el deseo en los ojos, me encantaba y cada día tenía más ganas de pasar una noche, o un día —no importa el momento, importa el acto— junto a él.

Recuerdo un día en el que yo estaba en el pasillo hablando con una profesora y vino él y me abrazó por detrás. Me puse extremadamente nerviosa, tuve unas ganas increíbles de besarle, pero pude controlarme.

Me pidió que quedáramos, le dije que no podía, —tenía que hacerme la dura, no quería parecer la típica chica fácil, porque no soy una chica fácil, simplemente consigo todos los chicos que me gustan mínimamente— me lo pidió tres veces, a la tercera le dije que sí. Quedamos un sábado para estudiar un examen de lengua que teníamos el lunes, iríamos a la biblioteca de la universidad (no podíamos ir más lejos, la biblioteca estaba a unos 4 km de donde habíamos quedado).

Eran las cinco y diez, llegaba diez minutos tarde y la espera me puso de los nervios (pensé que seguramente me estaba devolviendo lo de no haber quedado la primera ni la segunda vez que me lo pidió). Finalmente llegó, venía en moto, me dio dos besos y me prestó un casco, subí a la moto y fuimos hacia la biblioteca a “estudiar”. Una vez allí sacamos los libros, y nos pusimos a hablar. Al cabo de diez minutos me propuso ir a fuera—quería

fumarse un cigarrillo. Acepté, al fin y al cabo hacía sol y me encantaba tumbarme en el césped (porque la biblioteca estaba envuelta en un césped perfectamente cortado) y que me tocara el sol. Bajamos en ascensor (no sé por qué ya que tan solo había un piso, pero no se lo discutí), me abrazó, y al cabo de dos segundos me besó. Simplemente perfecto. Bajamos, se fumó el cigarrillo y nos besamos como si hubiésemos esperado ese momento durante años.

Volvimos a subir, al fin y al cabo habíamos quedado para estudiar, y de momento no habíamos ni abierto una libreta. Nos sentamos en una mesa que había delante del baño y empezamos a estudiar. De repente Sam se levantó, me miró con una sonrisa picarona y me dijo:

—Voy al baño, si por casualidad vienes y entras en el primero que hay justo a la derecha quizás me encuentres allí.

¿Perdona? ¿Me estaba haciendo una proposición? No, no era ni una proposición, era una obligación, porque no iba a dejarlo solo en el baño, ¿no? Sería dejarle en ridículo, además yo tenía ganas de ir al baño con él, así que en cuanto se fue, esperé unos cinco minutos y fui a buscarle.

Me asombró lo limpios que estaban los baños de aquella biblioteca. Entré en el primer baño que había a la derecha, abrí la puerta y me besó. No me dejó tiempo ni de concienciarme de que íbamos a hacerlo en el baño de una biblioteca, aunque la idea me encantaba.

XXI

Tres semanas

Viví tres semanas de mi vida pensando que estaba enamorada de Sam, pero me parece que no era amor lo que sentía, eran simplemente las ganas de tener un novio que me hicieron obsesionarme con él. Porque me parece que si hubiera sido otro chico también me habría enamorado u obsesionado, aunque yo pensaba que estaba loca por él.

Hicimos vida de pareja durante esas tres semanas. Quedábamos a menudo, nos besábamos, me llevaba en moto, quedábamos con sus amigos, etc.

Pero de repente un día no me contestó ningún mensaje, no me contestaba las llamadas, no supe nada de él durante todo el fin de semana. Me preocupé, lógicamente no imaginaba que quizás quería que se acabara lo nuestro, eso no se hace. Cuando quieres que se acabe una relación quedas con la otra persona y habláis sobre el tema, no dejás de hablarle de un día por otro. Pues él sí.

El lunes por la mañana teníamos un examen de filosofía en la misma clase y justo antes de entrar fui a buscarle y a pedirle qué le pasaba conmigo. No tuvo el valor de decirme lo que realmente le pasaba, me mintió diciéndome que se le había roto el móvil y que no había recibido ningún mensaje.

Claro que la misma tarde le vi llamando a no sé quién con su móvil supuestamente roto. Me enfadé. Por la noche hablé con él por internet, luego sí, en el momento en que no estaba frente a mí me dijo que sus padres eran alemanes y cada año se iba durante todo el verano a Alemania. Luego vino lo peor, me dijo exactamente:

—Lo siento Lucy, pero no quiero engañarte mientras esté allí, y si no tienes novia no la engañas, ¿entiendes?

¿Cómo no entenderlo? Me vino un bajón que estuve unas tres semanas más sin salir de casa. ¿Por qué todas las chicas podían tener novios que las querían, novios que las cuidaban, que les hacían regalos y les daban la mano cuando paseaban? ¿Por qué todas las chicas podían tenerlos y yo no? ¿Acaso yo era diferente? Claro que mi pasado no me permitía tener un buen historial, ¿pero qué más daba? Cuando quieres a una persona, la quieres con un buen o con un mal pasado. ¿Por qué a mí no me había querido ningún chico?

Primero lo de David y ahora lo de Sam. Me sentía realmente mal, me pasé tres semanas llorando y otras tres más preguntándome el porqué. En resumen, me pasé un mes y medio de las vacaciones de verano encerrada en casa, sin ganas de hacer nada y para colmo no dejaba de pensar en David: aún no le había olvidado. Al fin y al cabo quise estar con todos aquellos chicos sólo para olvidarle a él, y no lo había conseguido. No le había vuelto a ver desde que me dijo lo de aquella “amiga” suya, aunque eso iba a cambiar.

XXII

Egoísta

Decidí volver a conquistar a David. Al fin y al cabo casi siempre que había querido algo lo había conseguido, ¿por qué no intentarlo con él? Lo sé, él tenía novia y lo que iba a hacer era de chicas malas, pero me daba igual. Pisaría las cabezas que tuviera que pisar para conseguir lo que quería. David se había enamorado de mí y los amores no se olvidan tan fácilmente, así que le abrí conversación por internet. Fue una conversación muy fría, hacía mucho que no hablábamos y lógicamente le extrañó que quisiera hablar con él después de tanto tiempo. Fue algo así como:

—Hola, ¿qué tal?

—Hola, bien, ¿y tú?

—Bien...¿qué me cuentas, algo nuevo?

—No, bueno, no, tengo que irme a trabajar...

—Vale, bueno cuídate, un beso.

—Adiós, un beso.

Tenía que hacerlo de otra manera, porque si tenía que depender de él no conseguiría nada, así que decidí empezar con sus amigos. Tenía el número de algunos de ellos y les envié mensajes preguntando que qué tal estaban, que hacía mucho que no les veía y que les echaba de menos.

Lógicamente me contestaron todos que también me echaban de menos y que a ver cuándo quedábamos.

Decidimos quedar y pasar el día todos juntos en la playa. Iban a invitar a David, de esto estaba segura, y también estaba segura que vendría. Porque aunque no tuviéramos nada, sabía que lo que había entre nosotros no había desaparecido y que él tendría ganas de verme.

Así fue, el día que fuimos a la playa, él también estaba. No dejaba de mirarme y nos echábamos unas indirectas que daban miedo. El deseo aumentaba por momentos y me moría de ganas de besarle. Él también se moría de ganas, me lo dijo, pero lo acompañó de un: “pero tengo que controlarme, tengo novia”. No podría haber dicho nada que me hiciera más rabia que eso. Decidí tomar medidas drásticas. Tenía que conseguir que lo dejara con la novia, y eso no me iba a resultar muy fácil, aunque me asombra la facilidad que tengo para destrozar

las vidas ajenas.

A partir de aquel día empezamos a hablar más a menudo, nos enviábamos mensajes de texto, nos veíamos de vez en cuando, pero nunca pasaba nada. Hasta que un día que había una fiesta en mi ciudad, salimos. Este día se enfadó con su novia. Estaba bastante triste y fui a hablar con él. Aunque no quiso contarme lo que le pasaba yo sabía que era por ella, se lo noté en los ojos. Al fin y al cabo le conocía bastante bien, podía adivinar lo que pensaba en aquél momento. Me quedé a su lado, no le dije nada, no me dijo nada, tan solo me senté allí con él y miramos las estrellas juntos. Tenía los ojos rojos y ganas de llorar, pero no lo hizo (su orgullo no le dejó hacerlo). Me dio mucha pena verle tan mal y me arrepentí de haberle hecho esto. En verdad él la quería, y estaba sufriendo porque yo había decidido cambiarle la vida. Qué egoísta puedo llegar a ser a veces.

Aquella noche me envió dos mensajes dándome las gracias por haber estado allí con él, aunque no hubiera hecho ni dicho nada, me lo agradeció mucho. Luego sí me contó que se había enfadado con su novia (justo lo que pensaba yo), y que no sabía qué hacer.

Pasaron tres días y me envió un mensaje de texto que decía esto:

“Vuelvo a darte las gracias por haber estado conmigo el sábado por la noche. Al final ha ocurrido lo que más temía, lo hemos dejado con Emma, ya nos veremos, un beso.”

XXIII

La reconquista o fracaso final

Sábado 22 de agosto

Día de discoteca, él iba a venir. No había dejado de enviarme mensajes, de decirme que tenía ganas de verme, y en cuanto le dije que iba a la discoteca me dijo que él también.

Nos encontramos allí, le vi y casi me besa en cuanto se acercó a mí. Claro que no lo hizo, era demasiado precipitado. Fuimos a hablar a la playa (la discoteca estaba relativamente cerca de la playa, debía estar a unos dos minutos andando), pero lógicamente no hablamos demasiado. Simplemente nos sentamos en la arena. Empezó diciéndome que aquel sábado que estuve con él le ayudé mucho. Le ayudé a aclararse y a decidir lo que realmente quería. Luego me dijo que se estaba muriendo de ganas de hacer una cosa, pero no le dejé hacerla (sabía que se moría de ganas de besarme, pero quería hacerlo yo). Me lancé encima de él y le besé como en aquellos tiempos en los que estábamos “medio” juntos. Aquella noche fue la primera en que hicimos el amor, fue realmente “hacer el amor”. Se lo hice y me lo hizo. Creamos la interrelación de nuestros cuerpos para demostrarle al mundo lo que realmente era hacer el amor. Quererse y demostrárselo.

Fue perfecto, como todo lo que hacía con él. La playa, las estrellas, el mar, él... Todo, todo era absolutamente perfecto, no lo hubiera cambiado por nada del mundo. Mi amor hacia David volvió a nacer. Esta vez no estaba dispuesta a estropearlo, tenía tantas ganas de sentirme querida que estaba dispuesta a olvidarme de cualquier otro chico. No miraría a ninguno, no desearía a ninguno que no fuera él.

David y yo fuimos felices durante dos meses. Fuimos felices porque lo pasábamos bien juntos, íbamos de compras, quedábamos en mi piso y hacíamos mil y un tonterías juntos. Nos queríamos, bueno, yo le quería. No me daba cuenta de que la única de los dos que daba algo era yo, era yo la que le llamaba siempre, era yo la que le pedía que viniera a verme, era yo la que le pedía que no me dejara nunca, pero él no hizo nunca nada. No hizo nada pero me daba igual porque yo le quería y deseaba tanto estar con él que no me di cuenta de que no me quería tanto como creía yo.

Vino una tarde a verme. Yo tenía la regla y no me gustaba tener relaciones durante ese periodo de tiempo. Estábamos en mi cama, le besaba, recorría su cuerpo con mi boca, le acariciaba esa piel tan preciada, le miraba a los ojos, esos que me enamoraban, recordaba aquellos tiempos en los que me subía a su cintura, recordaba lo mucho que le quise y lo mucho que le quería en aquel momento. Estábamos tumbados, estábamos bien, o eso creía yo. El problema era que David no sabía estar besándome sin ir a más, así que aquella tarde

mientras le besaba suavemente se puso en plan fiera. Me puse nerviosa, me aparté y le pedí que parara. Para mi sorpresa se enfadó, empezó a soltar toda clase de insultos, recogió sus cosas y se marchó. Aluciné, ¿se había enfadado solamente porque no quise tener sexo un día en el que tenía la regla? Aluciné, ¿tan solo me quería para el sexo y el día que no podíamos hacerlo se enfadaba? Lo siento pero esto no funciona así. Me enfadé y decidí no llamarle, ya me diría algo si le apetecía.

Pasaron dos semanas y David no me había dicho nada, al final decidí llamarle. No podía esperar a que me dijera algo si sabía que no lo haría, así que cogí el móvil y marqué su número. En cuanto contestó solté el vómito de palabras:

— ¿Aún estás enfadado? ¡No! Calla, déjame hablar. Es que me parece una estupidez, ¿qué te pasa? ¿Que sólo me querías para el sexo? Pues lo siento mucho, bonito, pero yo no estoy aquí para complacerte, ¡sht!, déjame acabar, yo te quiero ¿sabes? Pensaba que contigo era diferente, tenía la necesidad de sentirme querida y sentía que contigo había encontrado lo que buscaba, veo que no. No digas nada, aún no he acabado. ¿No te da vergüenza? Me hiciste creer que te gustaba ¿y simplemente porque un día no quiero complacerte sexualmente dejas de hablarme? Me parece bastante penoso... ¡Y no!, no me lo discutas porque tengo razón, tengo razón en que te has estado aprovechando de mí durante esos dos meses, ¡no! No me digas que no es eso porque sí que lo es. Y ahora no, no quiero oír nada de lo que tengas que decirme, no te mereces que te escuche, no te mereces ni que te esté hablando ahora mismo, así que lo siento mucho pero búscate otra chica con la que puedas saciar tus ansias sexuales cuando te apetezca porque a mí ya no me engañas más, y me has perdido para siempre.

Colgué, no quería oír hablar de él, no quería saber nada de novios ni de chicos. Son todos unos tontos sin excepción, ¿O era yo la que me lo había buscado? Quizás, seguramente, era lo más probable. Era por mi culpa, no merecía tener un novio. Primero traté a los chicos como si fueran juguetes y ahora pedía que uno de ellos me quisiera. Tendría que darme vergüenza. Me arrepentí tanto de haber hecho todo lo que hice que incluso pensé en llamar a todos y cada uno de los chicos a los que había enamorado y pedirles perdón, perdón por haber sido tan mala con ellos, porque no merecían que yo les hiciera pagar el daño que me hizo uno a mí.

HOY

XXIV

No tengo agua

Hoy estoy sentada en mi cama, llevo dos semanas y media llorando. No como, no duermo, no hablo. Tengo el piso hecho una mierda, el suelo está lleno de porquería y casi no puedo pasar ni para ir al baño. Pero me da igual, me da igual todo, no busco mi príncipe rosa, no busco ni siquiera una mirada por la calle, la verdad es que tampoco salgo, no me importa no respirar aire puro, la verdad es que no me importaría no respirar. El aire me sobra.

No me quedan lágrimas, me duelen los ojos y más rojos no podría tenerlos, me duele la garganta de gritar que alguien me escuche, de gritar que necesito alguien a mi lado, que quiero que me regalen amor. Pero nadie me escucha, o simplemente nadie quiere escucharme.

He decidido terminar con mi vida, literalmente, no merezco que me pase nada bueno, no quiero tampoco estar sufriendo cómo lo estoy haciendo, no creo que me pase fácilmente, no creo que se me curen las cicatrices del corazón algún día. Hace tiempo compré una caja de somníferos, me parece que será mejor esto que ahogarme en la bañera o colgarme con una corbata.

Abro la caja. En este momento no puedo pensar en la tontería que voy a hacer, no merezco que nadie piense en mí, ni siquiera yo misma. Saco la primera pastilla y me la introduzco en la boca, luego pienso que no tengo agua, se me acabó hace tres días, tendré que beber del grifo. No me importa. Bebo y trago la pastilla. ¿Cuántas harán falta para que me duerma para siempre? No pienso, mis pensamientos me traicionarían y conseguirían que deje mi objetivo de lado.

Debo ser fuerte, al fin y al cabo siempre consigo lo que quiero, ¿verdad?

Cojo la segunda pastilla y me la trago sin agua, me da palo bajar la cabeza para beber el agua del grifo. Ahora sí pienso. ¿Qué debe estar haciendo David? Quizás ahora estará en el cine mirando alguna que otra película de miedo, ya se debe haber olvidado de mí, seguro que no piensa en que ahora mismo estoy volviendo a llorar por milésima vez que algún día vuelva a quererme, aunque ya es tarde. Cojo dos pastillas y me las trago de golpe, llevo cuatro. ¿Llevo cuatro? Puede... Me duele la garganta, debe ser porque no bebo, porque llevo dos días sin beber nada y tengo la boca pastosa, me estoy tragando las pastillas sin saliva y eso quizás está haciendo que muera más deprisa. Pero me da igual.

Tomo la quinta y la... la sept, la sexta pastilla y trago. Cierro los ojos y recuerdo el momento en que me abalancé sobre los labios de David, cuando me agarró por la cintura y me subió a sus caderas, aquello que tanto me encantaba y que ahora podía revivir una y otra vez sin que nadie me dijera que tan solo me quería para el sexo, no era verdad. Ahora me regalaba

cada cinco minutos más y más besos, me subía una y otra vez a sus caderas, me decía que me amaba y ¡no!, no son imaginaciones mías.

No me da rabia, no me da siquiera pena estar haciendo esto, en realidad tan solo estoy olvidando. Estoy olvidando lo que fui, lo que soy y lo que podría ser. Estoy olvidando que nadie me ha querido nunca y que tan solo fue por mi culpa, porque yo me comporté como una guarra y no merezco que ningún hombre se muera por mí. Trago unas cuantas pastillas más, desaparecen de la caja por momentos, cada vez hay menos pero no me acuerdo de cuántas llevo. No sé cuántas tengo en la mano, tampoco me importa, trago de nuevo. Cierro los ojos, tengo calor y me desnudo rápidamente, como si fuera un concurso para ver quién se desnuda más rápido. Gano, otra vez siento que he ganado algo, me pongo contenta aunque al cabo de dos minutos no me acuerdo de por qué.

Tengo sueño, me pican mucho más los ojos, y no paro de recordar la imagen de la sonrisa de David. De pronto se borra y aparece Sam, me pide que no me vaya, todo era una broma y en realidad sí me quiere. Pero no, ya no le creo, ya es tarde, sacudo la cabeza y Sam desaparece. Cojo la caja y saco la última pastilla. ¿Dónde están las otras? ¿Ya me las he tomado? No lo sé, no me importa, de todas formas ya me siento cansada y dentro de poco me voy a dormir. Continúo teniendo calor, me pongo en la ducha y enciendo el agua fría. Me doy pena a mí misma, aquí, desnuda, me estoy mareando y tan solo veo ya la cara de David mientras sonrío y me pide que le bese otra vez. Cierro los ojos otra vez, esta vez no los volveré a abrir, no lo merezco, o simplemente no puedo porque me duelen.

Desaparece el calor y ya no noto el agua correr por mi cuerpo. Quizás ya estoy muerta, aunque prefiero no abrir los ojos para comprobarlo. Sigo tumbada en el baño de mi piso. O no.

Intento recordar lo último que puedo, aquel día, aquel que es imposible olvidar, el que hizo que me enamorara perdidamente del chico equivocado, de mi Príncipe Rosa con calzoncillos Calvin Klein:

Se llamaba David, estaba sentado en la parada del autobús, sin embargo habían pasado ya unos cinco autobuses y no había subido a ninguno. Jugaba con una llave que tenía en la mano.

No diré que le vigilaba, porque no lo hacía. Simplemente le observaba desde el bar de la esquina mientras tomaba un café con leche.

Así que decidí lanzarme, al fin y al cabo no tenía nada que perder.

—Perdona, ¿tienes un cigarrillo?

—No, lo siento, no fumo.

—Bien hecho, yo tampoco. Sólo quería tener un tema de conversación.

Fin

“Lucy” es un Fic Publicado por:



Créditos:

- **Edición:**
Fangtasiia
- **Corrección:**
Carmen
- **Diseño de Carátula**
Carmen
- **Diseño de Documento:**
Clyo

OJO

Este PDF y su contenido es propiedad de Ediciones Frutilla © Todos los derechos reservados, Prohibida su copia, venta y distribución no autorizada.

Contáctanos en:

ediciones-frutilla.blogspot.com